

mo, los sabios criollos, el concepto dinámico de la cultura para Caldas, la influencia del pensamiento español, las nuevas sociedad y educación, la invitación al intercambio, el sueño de libertad anterior a la revolución, el contagio de la francesa y como remate entonces «una conciencia de destino común hispanoamericano (que después hemos perdido)».

Véase, pues, cuánto hay que admirar en esta obra del notabilísimo escritor el historiador venezolano don Mariano Picón, y cómo este libro puede servir para muchos de espléndida iniciación al estudio de los temas de América española y solamente habrá que reafirmar con el mayor elogio para su obra, esta que nos ocupa, dentro del sincero respeto a la verdad, ya bien su indecisión de juicio sobre algunos aspectos, como aquellos juicios suyos, que algunos se han anotado, que pudieran ser consecuencia de la influencia o de la ideología básica de determinadas escuelas filosóficas y políticas contrarias de principio a la conquista y civilización de España en América.—CLAUDIO MIRALLES DE IMPERIAL Y GÓMEZ.

PORTILLO Y DIEZ DE SOLLANO, ALVARO: *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California*. Núm. XX de las publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla [Primera edic., Blass, S. A.]. Madrid, 1947, 542 págs. + XXIV láms., 4.º.

La definitiva incorporación de Nueva España a la organización política de las Indias dió a Hernán Cortés la oportunidad de esbozar un plan de expediciones descubridoras—preconcebido minuciosamente o no—que es el punto de partida de todos los esfuerzos españoles en pro de una expansión hacia el Norte.

Los intentos de penetración hechos en la ruta del Atlántico (Florida, Misisipi, Costa Oriental), fallaron por causas diversas. Históricamente, la expansión geográfica de Nueva España quedó canalizada hacia el Pacífico, en dos direcciones: las Molucas y la ruta de las Californias.

En 1529 la cesión definitiva de las Molucas a Portugal cortó en agraz el comercio asiático de Nueva España, que hubiera podido ser capital a partir del hallazgo por Urdaneta de la ruta para el «tornaviaje» de Manila. Durante dos siglos y medio el navío de Acapulco o galeón de Manila no fué apenas más que un símbolo.

Queda, por tanto, centrada toda la posibilidad expansiva de Nueva España en la ruta de las Californias. Y esta ruta se sigue incansablemente de dos maneras: mediante el avance por tierra, llevado sobre todo por los misioneros y también por los rancheros que alentaban en las comarcas lejanas de la Audiencia de Guadalajara; y también mediante las navegaciones que los barcos españoles hacen desde Acapulco primero, y después desde el departamento de San Blas, a lo largo de la costa: tierra de Santa Cruz y Cabo de San Lucas, bahía de San Francisco, Cabo Mendocino, Cabo Blanco, atraídos siempre por la fama y las posibilidades estratégicas del brumoso, jamás alcanzado Estrecho de Anián. A fines del XVIII, en las entrevistas de Nutka,

queda históricamente cerrado el período de búsqueda de este famoso paso del Noroeste, aunque su inexistencia era admitida con anterioridad. El paso se encontrará, en efecto, durante el XIX, pero en condiciones bien distintas de las que los geógrafos y los navegantes anteriores habían soñado.

En esta ruta de las Californias el proceso descubridor tiene diferentes etapas: primero, las navegaciones de Cortés, con un apéndice en la expedición de Cabrillo-Ferrero, que alcanza las costas de la Alta California. Luego los viajes de Sebastián Vizcaíno. Más tarde, la época de los buscadores de perlas, acción que simboliza históricamente la Compañía de los Cardona. Después viajes organizados mediante el arrojito y el tesón de particulares beneméritos: don Pedro Portes Cassanate, don Isidro de Otondo, etc. Y, finalmente, cuando se supera un prolongado abandono práctico, la reacción organizada de la segunda mitad del XVIII, a cargo de los oficiales del departamento de San Blas.

Cada una de estas etapas está necesitada de investigación monográfica seria. El plan de Cortés se conoce sólo a través de los estudios de conjunto hechos sobre su figura y su acción. La penetración en las tierras de la Baja California ha sido estudiada, como es natural, históricamente, desde el punto de vista de las misiones. También las navegaciones del XVIII han sido objeto de un libro, construido en torno a la figura de Bodega y Cuadra, y que fué oportunamente comentado en esta sección de la REVISTA DE INDIAS.

La Escuela de Estudios Hispanoamericanos acaba de publicar una monografía que desde muchos puntos de vista debería servir de modelo a estas investigaciones que necesita aún nuestro conocimiento completo del proceso descubridor en la ruta de las Californias.

En el libro aludido se hace en primer lugar un utilísimo, claro y certero planteamiento general del tema. A ello está dedicada la introducción. El lector tiene por tanto la visión panorámica que necesita para entender el valor y el significado de las acciones que se estudian después.

En segundo lugar se exponen y se dilucidan, a base en todo momento de los textos coetáneos, de testimonios cartográficos elocuentes, y de una bibliografía nutrida y selecta, algunas cuestiones previas que—como dice el autor—sirven para «expresar con fuerza el ambiente en que se realizaron estas empresas» y para matizar «las gestas de los españoles en la América septentrional». Son tres capítulos dedicados a «La geografía de los descubridores», «Los indígenas ante los ojos de los descubridores», y «El nombre de California». En el primero se ilustra la debatida cuestión de la insularidad de California, su extensión y situación tal como las entendían los primeros navegantes, y la desorientación fabulosa de éstos, especialmente a partir de los viajes de Drake. En el segundo capítulo estudia el autor todo lo referente a las condiciones personales de los californianos, según los testimonios de los descubridores y exploradores, sin entrar en una investigación a fondo de los problemas etnológicos, lo cual estaría fuera de lugar. El capítulo III, dedicado al nombre de California, y escrito con particular brillantez, resume la cuestión del origen de este nombre, y de la actitud psicológica de sus creadores ante la empresa geográfica de un descubrimiento teñido por todos los tintes de la fábula y la fantasía.

El libro aborda seguidamente el estudio sistemático de las expediciones. El capítulo IV da una visión panorámica de las impulsadas por Cortés: Diego Hurtado de Mendoza (1532), Becerra y Fortún Jiménez (1533), la personal de Hernán Cortés (1535-37), la de Tapia (1537-38) y la de Francisco de Ulloa (1539). Se considera también la expedición Alarcón, enviada por el virrey Mendoza (1542), en competencia con las últimas de Cortés. Por último, este capítulo estudia detenidamente el descubrimiento de la Alta California hecho por la expedición de Cabrillo-Ferreló (1542-43), y la importancia de la colaboración portuguesa que significa la nacionalidad del primero; el asunto queda reducido a sus justos límites.

Vienen luego—capítulo V—las expediciones de Sebastián Vizcaíno (1547 y 1602), su carácter, la aparición de motivos nuevos en estas navegaciones (piratas, peligro del galeón de Manila, Estrecho de Anián, etc.), la personalidad de Vizcaíno y sus actividades posteriores.

El período de la pesca de perlas (1513-1636) ocupa el capítulo VI. La Compañía de los Cardona, con las navegaciones de Nicolás de Cardona y de Juan de Iturbe, y la intervención del Consejo de Indias en estos asuntos, con las concesiones hechas y retiradas a varios particulares, más las navegaciones de Francisco de Ortega, y el caso del supuesto traidor francés Francisco Carbonell.

Don Pedro Porter Cassanate, almirante aragonés, hombre instruido, servidor esforzado y generoso del rey, personalidad significativa desde varios puntos de vista, se lleva todo el capítulo VII. Su biografía, sus viajes, sus servicios de armas, su participación en la empresa de California, están aquí. Cuando algún investigador se decida a dedicarle la monografía especial que con muchos menos motivos se ha dedicado ya a otras muchas figuras de la acción española en América, encontrará en las páginas de este capítulo un resumen de su propio libro, en el que pocas cosas importantes podrá rectificar.

Se publican luego veinte apéndices, entre ellos los importantes diseños de las costas californianas que hizo el cosmógrafo Eurico Martínez, durante la segunda expedición de Vizcaíno. El valor histórico y crítico de estos documentos ocupa sitio especial en los capítulos correspondientes, que son el quinto, sexto y séptimo. De esta manera el aparato crítico de la investigación no sólo no se hurta a la consideración de los investigadores futuros, sino que se les ofrece directamente.

El libro lleva finalmente un índice sistemático de fuentes inéditas e impresas, otro de apéndices y otro de ilustraciones.

Una presentación tipográfica verdaderamente buena completa el cuadro de las características de este volumen, que —como se dice al principio de esta reseña— marca un camino que deberían seguir las investigaciones futuras sobre la ruta de las Californias, ya que ahora no queda investigado más que hasta mediados del siglo XVII.—FLORENTINO PÉREZ EMBID.